

Agnósticos y creyentes

Antonio Blanch *

PARECE estar aumentando hoy en nuestra sociedad el número de personas que se declaran no creyentes, sin que por ello se profesen ateas. No desean seguir con las viejas polémicas sobre la existencia de Dios, ni siquiera se sienten personalmente afectadas por cuestiones trascendentes de cuño religioso. A estos hombres y mujeres de nuestro tiempo, muchos de ellos muy presentes en la plaza pública, les gusta denominarse simplemente «agnósticos». Y, aunque no siempre se entiende bien lo que esta etiqueta significa, se mantiene bajo esta marca una gama muy amplia de posturas, que van desde un racionalismo positivista a ultranza hasta un paganismo hedonista y descomprometido. Visto este amplio fenómeno desde la creencia religiosa, y más en concreto desde la fe cristiana, no puede dejar de interesarnos y de interrogarnos muy seriamente.

Sin duda, una de las grandes preguntas que suscita es la siguiente: ¿Cómo podría establecerse un franco acercamiento y un diálogo real entre agnósticos y creyentes en España? Pues bien, ésta fue la cuestión que determinó el tema del «Foro sobre el hecho religioso», que celebró recientemente su XVI sesión anual, en Pozuelo de Alarcón, del 25 al 27 septiembre 1992, de la que quisiéramos dar cuenta aquí de forma sucinta y personal, incorporando no pocas ideas de los dialogantes.

* Director del Instituto Fe y Secularidad. Madrid.

¿Qué es ser agnóstico?

COMENCEMOS recordando que el término «agnosticismo» es relativamente reciente. Parece haber sido acuñado por el viejo Thomas Huxley hacia 1869, para indicar la actitud mental de aquel que ni afirma ni niega la divinidad; simplemente se desentiende de esa y otras supuestas realidades, al no poder ser demostradas racionalmente. Obviamente, esta postura cientifista no es la más frecuente; más bien resulta hoy minoritaria. Hasta hace poco estuvo también muy extendido el agnosticismo de muchos materialistas sistemáticos (marxistas); hoy, en cambio, parece estar dominando en Occidente un agnosticismo más propio del liberalismo laico, suficientemente secularizado, por no hablar de esa otra actitud —ya citada— pragmática, hedonista y plegada a las modas del momento.

Parece también bastante evidente que una seria actitud agnóstica no tiene que adoptar hoy formas patéticas ni militantes, sino mantenerse «pacíficamente instalada en la finitud» (Tierno Galván), afrontando con serena lucidez los grandes temas de la existencia. Es más, no faltan hoy los agnósticos —como reconocía ser Antonio García Santesmases— abiertos y disponibles a todo serio cuestionamiento; agnósticos no cerrados a cal y canto dentro del recinto amurallado de unas certezas tenidas por inconcusas. Y entre ellos quizás pueda darse aún alguno que —como escribió Horkheimer— sienta todavía la nostalgia de lo trascendente o lo totalmente otro.

Lo importante, pues, para el posible diálogo entre agnósticos y creyentes, es no sólo reconocer el hecho, socialmente comprobable, de que hoy en nuestra sociedad muchos se autodenominan así, sino saber distinguir el tipo de agnosticismo que profesan, el grado de dureza en el rechazo o en la exclusión de lo religioso. Y, si de españoles se trata, resulta también muy orientador analizar la génesis histórica y personal del fenómeno, ya que es muy posible que muchos hayan llegado al agnosticismo por reacción ante unas formas concretas de nuestro catolicismo experimentadas como excesivamente inhibitorias de la libertad.

Pero, hechas estas primeras aclaraciones, conviene señalar la condición imprescindible, por parte del creyente, para poder acceder a un noble diálogo con el agnóstico. Nos referimos al reconocimiento de que su propia fe religiosa no excluye nunca del todo unas zonas más o menos amplias del agnosticismo, o de «agnosía», que es la palabra griega (intro-

ducida en el siglo V por el Pseudo-Dionisio) para indicar precisamente el margen de ignorancia de todo saber religioso. Al reconocer esas zonas de oscuridad, donde no es posible la certeza, el creyente puede sintonizar más con el agnóstico, sobre todo con aquel no cerrado en sus propias convicciones.

Problemas teóricos planteados

SUPUESTA esta actitud de franca buena voluntad por ambas partes, hay que asumir con toda claridad los serios problemas filosóficos que plantea el agnosticismo. Y en primer lugar aquellos de tipo gnoseológico, que afectan a la dimensión estrictamente racional del conocimiento. En este sentido la pregunta podría formularse así: ¿hasta qué punto sólo existen las realidades que la razón alcanza a dominar y demostrar. Más concretamente, ¿es razonable postular una realidad absoluta, más allá de los límites de la razón contingente? ¿Cómo puede justificarse la apelación a una razón escatológica, más allá de lo mundano o de lo cósmico? O, dicho todavía de otro modo, ¿en qué último fundamento, fuera de sí misma, se apoya finalmente la razón para justificarse? ¿Qué es este último fundamento de todo?

Naturalmente, las respuestas a tales cuestiones ni son fáciles ni nos parece tener ahora que desarrollarlas aquí, puesto que tampoco fueron tratadas técnicamente en el Foro. Quizás lo más importante de las discusiones teóricas era el querer asegurar que, también en lo que a las grandes cuestiones religiosas se refiere —tanto para el creyente como para el agnóstico—, debe reconocerse como necesario e imprescindible el papel de la razón. Necesitamos explicarnos no sólo la razonabilidad de actitudes humanas tan serias como son las religiosas, sino también todo lo que la razón pueda llegar a intuir más allá de sus propios límites. Pero, junto con ello, parecía necesario aceptar que el conocimiento racional no es el único camino —tal vez ni siquiera el mejor— para acceder al misterio, a esas realidades invisibles y trascendentes de la existencia, a las que la fe asiente. Y ahí es donde parecía oportuno contemplar, frente a los agnósticos, otras vías de conocimiento, no racional pero tampoco irracional, como el conocimiento simbólico y el conocimiento gnóstico, de las que luego hablaremos.

Otro grupo de problemas pertenecían al orden ético. El agnóstico, en

efecto, no puede menos de plantearse la cuestión de cuál sea el fundamento de la moral cuando se prescinde de todo absoluto. ¿Hasta qué punto es cierto que «si Dios no existe todo está permitido»? A lo cual responderían algunos agnósticos, como Bertrand Russell, que lo sorprendente es precisamente lo contrario, a saber, que la gente siga creyendo en Dios a la vista de un mundo tan injusto y desordenado. Lo cual ya sitúa la cuestión ética en su punto más decisivo, que es el problema del mal. Muchos agnósticos afrontan este problema con una cierta serenidad estoica, pero sin utopías ni conformismos, intentando trabajar para eliminar el mal lo más posible. Por parte de los creyentes, aunque lo obvio sea tender a justificar al Creador de una creación tan imperfecta (como hace la «teodicea» clásica), sin embargo, también hay quienes prescinden de tal justificación y asumen el mal como constitutivo de toda la realidad creada, la cual sería buena y mala al mismo tiempo. Y hasta puede llegarse a pensar que el Dios de la fe es tal que carga con todo el mal del mundo, pero que, al final de la historia, la salvación que El promete será la de una total superación del mal por el bien definitivo.

El problema ético, sin embargo, no queda así directamente resuelto. Porque el mal, antropológicamente hablando, es la experiencia de la propia contingencia, es decir, del límite. Y desde esta experiencia no se ve inconveniente en que se den las dos opciones contrapuestas, que ahora comentamos: o bien reconocer el límite y contentarse dentro de él (agnosticismo), o bien reconocer desde el límite una realidad desbordante y salvadora (fe). A la primera opción se la denominó en el Foro ética de la continencia o ascética y a la segunda, ética de la trascendencia o mística.

Indiquemos, por último, que en relación a la fundamentación de la ética, no parecía darse gran divergencia entre creyentes y no creyentes, pues ambas posturas tienden hoy a aceptar la autonomía del orden ético, cuyo fundamento no hay que postularlo fuera de sí, sino en el ámbito último de la conciencia. Lo cual equivaldría a decir que todo ser humano es ético por su propia naturaleza racional y comunitaria, independientemente de sus creencias.

La gnosis, una propuesta de superación del dilema

ANTE la insistencia en querer precisar las diferencias, sobre todo racionales, entre agnosticismo y fe, se ofreció

en el Foro una nueva perspectiva, que pretendía replantear la cuestión desde presupuestos radicalmente distintos. Esta propuesta fue la que muy sabiamente defendió Raimundo Panikkar, desde sus profundas vinculaciones con tradiciones orientales, y fue corroborada por un buen sector de los participantes. Se trataría, en suma, de superar muchas de las cuestiones estrictamente racionales, ahondando en esa otra forma de conocimiento mucho más integral, que es la gnosis.

«Gnosis» es aquella manera, específicamente humana, de ponerse en contacto con y abrirse a la realidad. Es un conocimiento básico e integral, que implica simultáneamente las dimensiones sensible, inteligente y mística del hombre, el cual intenta transformar la realidad que va conociendo y a sí mismo con ella. Ahora bien, esta forma superior de conocimiento no desdeña la razón científica («episteme»), sino que más bien la necesita, aunque la enmarca dentro de un dinamismo más amplio. Del racionalismo occidental a ultranza la gnosis rechazaría ciertamente esa pretensión tan típicamente occidental de reducir el ser al pensar; e intentaría, por otra parte, corregir el mismo pensamiento cristiano (teología) occidental, por la fuerte contaminación que ha padecido por parte del cientifismo.

Además, la gnosis, en cuanto que es conciencia de una apertura a la realidad total, acompañada de una confianza básica en ella, puede considerarse genéricamente como una experiencia de fe. Ahora bien, esa fe inicial, al formularse en proposiciones o creencias, se diversifica y llega a establecer divisiones entre los que se dicen creyentes, o entre los creyentes y no creyentes (ateos, agnósticos, etc.). Y ésta sería la primera recomendación que la visión gnóstica propone para el diálogo del creyente con el agnóstico: reconocer que más allá de las diferencias de formulación racional, se da en todo hombre algo común y básico, muy sustancial, que supera tales diferencias, relativizándolas en la raíz.

Pero, se ofrecía todavía otra sugerencia capital desde la propuesta gnóstica. La de reconocer, como parte integrante de tal conocimiento, la conciencia del propio límite; es decir, la agnosía —de la que antes hablabamos— o la conciencia de no estar entendiendo partes de la realidad a las que sin embargo uno sigue abierto. El límite, por consiguiente, nunca debe asumirse como una cerrazón, sino como una apertura. Siendo esto así, el conocimiento que de ahí se deriva necesitará para expresarse más del símbolo y del mito que del logos racional.

De todo lo cual se deduce que hay que rebajar mucho todo dualismo

que contraponga drásticamente agnosticismo y creencia. Pues, desde la gnosis, la primera de estas actitudes sería siempre parcial y provisional en sus negaciones de lo otro; mientras que en la segunda todas sus afirmaciones más allá del límite de lo racional, lejos de ser apodícticas, quedarían seriamente teñidas por una reverente agnosía e incertidumbre.

Con toda su riqueza de sugerencias y su gran fuerza provocadora, esta propuesta gnóstica, muy bien acogida por unos, no dejó de hallar algunas resistencias por parte de otros. Se argüía sobre todo desde la dificultad de articular científicamente todo este discurso. ¿Qué criterio de verdad debía aplicarse para distinguir una supuesta experiencia mística de una simple ilusión? ¿Qué metafísica o qué lógica pueden establecerse con un cierto rigor desde tales presupuestos? ¿Qué tipo de fundamento racional y de proposiciones explicativas fiables y verificables deberían atribuirse a esa forma gnóstica de pensamiento? Desde la perspectiva más específica de nuestro diálogo, parecía que el enfoque de la gnosis disolvía demasiado fácilmente las distinciones duras entre creencia y agnosticismo. Finalmente, quedaron flotando en el ambiente no pocas objeciones, de una y otra parte, que, aunque muy libre y lúcidamente expresadas y replicadas, estaban descubriendo una vez más la gran dificultad de armonizar en general las propuestas del conocimiento científico con las del conocimiento simbólico.

De todos modos, sería un error confinar al agnóstico en lo científico-racional y al creyente en lo simbólico y mítico. No sólo la visión gnóstica, sino también la misma sabiduría humanista de la Modernidad occidental, nos advierten de la complejidad de tales actitudes, de la difícil racionalidad del sentimiento religioso y de la irreductible fuerza del deseo que desborda los esquemas y códigos mentales. De ahí que el diálogo entre tales actitudes no sólo se vislumbraba como posible, sino como necesario y muy fecundo.

Bases para un diálogo

ESTE era el principal objetivo de nuestro Foro y la voluntad dominante de todos los allí presentes. Y si, no pocas veces, por la fuerza misma del debate, se extremaron las dificultades y se llegó a hablar de sistemas cerrados e irreconciliables (como ocurriera en el famoso debate radiofónico de la BBC entre el agnóstico Rus-

sell y el católico Copleston), o se afirmó la imposible comunicación entre quien rechaza todo misterio y quien lo afirma fideísticamente, de hecho se fueron señalando una serie de bases que hacen muy viable el necesario diálogo, de cuya posibilidad y fecundidad fueron buena y copiosa muestra todas las sesiones de este Foro.

Para ello conviene, en primer lugar, no dejarse llevar por el prurito de minimizar las diferencias; antes al contrario, conviene sentir un profundo respeto por ellas, ya que casi siempre se profesan después de un largo proceso de revisiones y compromisos personales muy serios. La honradez vivida y otorgada es condición primera e imprescindible para que ese acercamiento sea franco. Y por ello se excluye, como no respetables, tanto la postura ficticia de un agnosticismo oportunista como una creencia superficial no asumida responsablemente.

Se insistía también en la necesidad de conocer, en la medida de lo posible, las circunstancias históricas, familiares y temperamentales, que en buena medida pueden estar determinando las actitudes en presencia. Ya hemos señalado más arriba cómo, en el caso español, los condicionamientos externos del comportamiento de muchos católicos y de algunas instituciones confesionales pueden estar influyendo no poco tanto en las maneras de proponer o defender la fe, como en las actitudes de quienes la rechazan y excluyen todo lo que tenga que ver con ella. A este propósito, puede resultar muy aleccionador para un creyente intentar vivir el vacío de la no creencia e intentar asumir el temple de quien, ante la muerte, se enfrenta con la nada. Se sugería que el cristiano suele rehusar un tipo de experiencias, semejantes sin duda a las del agnóstico, que sin embargo, parecen inherentes a la vida de fe, al desprendimiento total («kenosis»), hondamente implicadas en el misterio de la cruz de Cristo.

Hoy más que nunca parece recomendable también ampliar al máximo el punto de mira de este como de otros problemas religiosos. Habría que contemplarlos ecuménicamente, superando en particular los estrechos cauces de la inculturación judeo-cristiana y helénica en la que han sido formuladas nuestras creencias. Evitando todo irenismo y un relativismo excesivo, el creyente tiene que saber afirmar su identidad, reconociendo al mismo tiempo la importancia de las diferencias. Pero, junto con ello, hay que saber relativizar no pocos de los supuestos absolutos, contruidos por el creyente e indebidamente sacralizados por las instituciones. En el diálogo con los agnósticos, el cristiano debe presentarse no tanto como quien se adhiere incondicionalmente a unas teorías dogmáticas,

sino como quien cree en una Persona rodeada de misterio, con toda la firmeza que se deriva de una confianza amorosa, pero también con toda la humildad de quien no sabe muy bien cómo ni por qué ha surgido en él esa experiencia de gracia, que otros parecen no tener. Es decir, en resumen, que aquello en lo que más énfasis se ponía para asegurar el diálogo era mantener, de una y otra parte, una postura mental y cordial de apertura y disponibilidad. Disponibles y no instalados ni satisfechos nunca del todo. Y así como el creyente no duda muchas veces en reconocer la tentación de la increencia, era lógico suponer que también el agnóstico puede ser acosado por la tentación de la creencia.